

Esta obra fue galardonada con el XXII Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias por un jurado compuesto por Jorge Semprún en calidad de presidente, Miguel Ángel Aguilar, Josep Fradera, Josep Martí Gómez, Josep Ramoneda y, en representación de Tusquets Editores, Josep Maria Ventosa por designación de Antonio López Lamadrid.

Prólogo

Sin egos no hay paraíso

Los egos son la materia misma de la escritura. A lo largo de casi cuarenta años de relación con escritores, en el ejercicio del periodismo o en el desarrollo de una actividad cultural suculenta en épocas de transición cultural y literaria, tuve el privilegio de comprobar qué mueve a los autores. Los mueve la pasión, y los mueve la vocación, pero el motor principal es el ego; no están solos en ello, el ego nos mueve a todos. En el mecanismo de su autoestima desempeñan un papel muy importante los editores; en tiempos más actuales, ese papel ha sido asumido también por los agentes literarios. Cómo no, en esta edificación de los egos desempeña también un papel principal el eco que su producción literaria halla en los medios de comunicación. El ego sin eco no es ego, sino frustración. El escritor busca su foto en los medios, y también la busca el editor: se dice que un libro vale las columnas que te dedica la prensa, y así lo ve el editor muchas veces: da igual lo que digan del libro, que aparezca, y que sea a toda plana. Los periodistas no saben (no sabemos) la importancia capital que una línea tiene en la autoestima de un escritor. El ego es estimulado por las familias, por el contacto con los lectores, por los autógrafos, por las entrevistas, por la peana que la realidad sitúa debajo de los escritores para que éstos vean su sombra más o menos alargada. Los egos son pacíficos y tiernos o son violentos y mayúsculos, engraidos. Todos son posibles, y aceptables, aunque quienes sufran los embates de los egos se sientan disminuidos ante la tormentosa autoestima de los autores; los editores tienen que asumir esas erupciones de ánimo o de desánimo que vienen de las reacciones satisfechas o decepcionadas de sus autores

como un hecho de la vida, no como una desgracia. Si no reaccionaran, probablemente tampoco seguirían escribiendo. Es su motor, su adrenalina. Ningún escritor, ni el más humilde, escapa al avance implacable de su propio ego, que a veces le agarra a él también del cuello y le lanza o le elimina, según la intensidad del eco que alcance la obra en la que puso lo mejor de su esfuerzo. Y si alguien dice que no tiene ego, y he asistido a muchas exhibiciones de esta (falsa) modestia, es que el ego está en algún sitio, y aparecerá, acaso con más violencia que los egos a los que uno ya está acostumbrado. El editor ha de estar dispuesto a esa irrupción; puede estallar de noche, o de madrugada, o al amanecer, y la causa puede ser que el autor no encontró en los grandes almacenes su obra recién publicada, o que alguien le avisó de una fiesta a la que él no fue convocado. El autor discreto de pronto ha sentido la llamada de la selva de su ego y agarra el teléfono, descarga su adrenalina sobre el editor despistado y ya le arruina el día, la semana o el futuro contrato.

Hay que estar preparado para ello, eso aprendí ejerciendo el oficio, y lo aprendí experimentándolo. Un día, muy de madrugada, escuché en casa dos de esas llamadas; un autor se había sentido decepcionado porque en la librería de unos grandes almacenes no estaba su libro, y otro me reprochaba que no hubiera recibido una invitación para ir a una copa navideña de la editorial. Eran los dos mensajes que había en el contestador; Navidad, soledad absoluta, el editor regresa a casa y ése es el bagaje que le ha dejado la despedida del año. Ambas llamadas tuvieron lugar, en efecto, entre el 28 de diciembre y el fin de año de 1996, cuando ya llevaba cuatro años como editor; esas dos quejas sonaron en mi contestador a las dos de la madrugada, a mi regreso de vacaciones. ¿Qué podía hacer? Lo único que hice, aparte de lamentar el olvido y maldecir a los que no repusieron la novela del autor decepcionado, fue quitar el contestador. Para siempre. Pero no podía quitar a los autores, tenía que seguir lidiando con sus egos, que les alimentaban a ellos y alimentaban, sin duda, el catálogo de la editorial.

Todos los egos son respetables. La asignatura más difícil de los editores es el aprendizaje del respeto del ego; si no la aprueban

no son nada. Los que publican libros ajenos se saben una prolongación necesaria de los otros. Ese esfuerzo está ya en la propia naturaleza del oficio. Si eso no se entiende, si no se entiende la grave inseguridad del autor (aunque sea el mayor egocéntrico del catálogo) ante la aventura de publicar, es mejor dejar el oficio. El cultivo del ego ajeno empieza por el ego propio. El editor tiene su ego, diluido en el ego de sus escritores. De la combinación de este ego A y de este ego B nace la literatura, que luego se multiplica en el ego de los lectores, de los críticos, de los agentes literarios, y así sucesivamente.

Es un oficio de egos, pero como todos los oficios; el mecánico está encantado de ser el que mejor arregla coches excelentes, que a su vez son el orgullo del fabricante, y así sucesivamente. En el caso del mundo editorial, el editor asume que ha de estar en segundo plano, su actitud es vicaria en el sentido más estricto: cuenta las buenas nuevas de sus autores, él no existe, y el editor que insiste en existir al nivel de sus autores termina rompiendo la fidelidad mutua, que se basa, tácitamente, en la modestia del vicario. Eso es así, y habrá excepciones, qué duda cabe. El autor proviene de un esfuerzo raro: horas y horas encerrado consigo mismo y con sus papeles; puede simular (o sentir) arrogancia, deja su manuscrito sobre la mesa del editor y espera de éste consejo o complacencia, pero en general busca complacencia. Según su importancia en el catálogo, estará más o menos nervioso, exigirá más o menos atención o halagos, directamente o a través de sus agentes, pero en algo se parece a todos, a los nuevos o a los humildes: cree que ha escrito una obra maestra, lo siente, lo percibe, en su soledad eso es lo que le ha dictado su conciencia, o su intuición. ¿Y qué espera? Que después de ese esfuerzo haya mimo, coronas de flores, páginas de premio, que le rindan culto a su ego porque ya está harto de mirarse ante un espejo solitario, preguntando lo que se preguntaba la madrastra de Blancanieves. ¿Y qué hace el editor? Cumplir con su oficio, que en parte es complacer al autor. ¿Y cuando no lo hace? También cumple su oficio. ¿Lo entiende el escritor? No siempre; mi experiencia es que resulta muy raro que lo entienda, o al menos que lo entienda del todo. El editor está muy acostumbrado a escuchar esta bravata:

«Quiero tu opinión sincera». Para descubrir después que el subtexto de esa frase dice exactamente esto: «Quiero que te guste».

Jorge Amado, el novelista brasileño, viajó a Roma para participar en un encuentro sobre el libro brasileño. Contaba que mientras caminaba por las calles de la capital italiana se topó con un enorme póster fotográfico en el que se veía él mismo de tamaño natural. Debajo del póster se leía, en italiano: «Jorge Amado, el mejor escritor brasileño». Se quedó henchido, glorioso ante su triunfo, y siguió andando. Cien metros más adelante, encontró otro póster exactamente igual, pero en él se veía de tamaño natural a su amigo, pero escritor también, João Ubaldo Ribeiro, con esta inscripción también en italiano: «João Ubaldo Ribeiro, el mejor escritor brasileño». Y comentó Jorge Amado:

–Así que durante cien metros fui el mejor escritor brasileño.

Los escritores caminan para ser los mejores, de su barrio, de su ciudad, de su país. Del mundo entero. Ninguno se conforma con menos, pero no todos pueden llegar a ser aquello a lo que aspiran. Muchas veces se resignan por el camino y otras veces los halla el olvido mientras teclean la que va a ser su obra maestra, esta vez sí. Todos esos esfuerzos son naturales e incluso hermosos, animan a la sociedad literaria a seguir adelante, compitiendo. La competencia es, como el ego, parte de la naturaleza del oficio. Muchos escritores, en todo el mundo, han tenido alguna vez la vanagloria de la que presumía, riéndose de sí mismo, Jorge Amado, y el que diga que no es cierto, que él no compite, es probablemente quien con más ahínco genera en sus neuronas la obligación de ganar. La vanidad no es una excepción, ni en éste ni en tantos oficios.

Y es natural. Juan Carlos Onetti pasó a la historia –y está en la Historia– dejando la imagen de que era un hombre descreído de la fama y de sus excrecencias; y no era enteramente así. A él, como a cualquiera, le preocupaba el eco de las noticias sobre su figura y sobre su obra; él jamás presumió de lo contrario, y sin embargo la crónica literaria lo tomó como símbolo, precisamente, de la entereza de la humildad ante los embates de la soberbia. No era soberbio, no lo era, pero le gustaba que aparecieran avisos (anuncios) de sus libros, quería que los críticos se hicieran eco

de lo que escribía, y jamás dejaba al azar la escritura, que cuidaba hasta el último detalle, aunque el público creyera que era un hombre que tiraba las hojas al lado de la cama donde había decidido pasar su última década. Ernesto Sábato, al que la historia ha puesto en el lado de los humildes, también tiene su ego instalado en el alma, y se interesa por lo que ocurra con lo que publica como si no hubiera llegado a los 90 años, cuando se cree que la gente ya está para otras cosas.

Durante esa experiencia (que continúa, en cierto modo, porque un periodista, que es lo que soy ahora, otra vez, cultiva una parte importante del ego del autor, de la misma manera que cultiva el suyo) he visto de todo: egos picudos, egos redondos, egos aguerridos, egos olvidadizos, egos reivindicativos, egos superlativos... Un día dije, y lo cuento en este libro, que los escritores desayunan egos revueltos; los hay revueltos, fritos, escalfados; y ninguno es desdeñable, y ay del editor que no quiera desayunar con los egos que desayunan sus autores. En algún momento, puede que esos egos se le atraganten, o por la exageración o por la reiteración, pero si uno no asume que ha de digerirlos –como los deben digerir los propios autores– estará tirando piedras contra el propio oficio.

Muchas veces pensé que sería útil –para mí, para mis colegas, los editores y los periodistas– poner en común algunos sucesos que tienen que ver con los autores, con sus sentimientos, con sus actitudes y con sus egos; todo es ego en la casa de los artistas, y todo contribuye a que su obra avance sobre las muletas de la propia estima. Y entonces pensé en escribir este libro. Es una memoria personal; es decir, pocas de las cosas que se cuentan no me tuvieron a mí como testigo; no cuento, claro está, lo que supe detrás de lo que era público; hago perfiles de personas a las que he conocido íntimamente, pero en ningún caso me adentro en lo que ellos hicieron o dijeron en la intimidad de su casa o de un despacho; o, por lo menos, jamás he querido contar, y no he contado, me parece, sucesos o anécdotas que revelen conversaciones o frases que los escritores me pidieron expresamente que omitiera en mis conversaciones con otros.

Algo que aprendí en este oficio, y que es una de las grandes

virtudes del trabajo del editor, es que uno es también un confiante; en periodismo, que es mi otro oficio, te pagan para que cuentes lo que has escuchado, no importa dónde y a veces no importa cómo; pero en el mundo editorial te pagan para que seas opaco, una sombra detrás de la luz de los autores. Buscando fotos para acompañar este libro me encontré con muchas en las que estoy ejerciendo ese oficio de acompañante, de sombra insistente; imagino que a veces demasiado insistente. Me pidió Emiliano Martínez, director general de Santillana entonces, que me hiciera cargo de Alfaguara (y, en ese momento, de los otros sellos del grupo editorial, Taurus, Aguilar y El País Aguilar), y yo tenía 43 años. En aquel periodo, además, disponía de tiempo y energía para ocuparme de este nuevo oficio hasta la extenuación. En algunas fotografías se observa esa extenuación; eran noches largas, compañías obligatorias, copas hasta el amanecer... La vida editorial puede llegar a ser (si uno se deja) también una vida social intensa; es muy duro (para mí lo era) dejar a un autor solo en la gran ciudad, si lo habías invitado, y además era necesario establecer todo tipo de contactos, y esos contactos no se podían hacer (eso creía yo) tan sólo en el despacho; así que parecía natural que fuera también una época excesivamente alcohólica, por la fuerza social que tiene la noche y por la propensión natural que uno tiene a comunicarse bebiendo. Recuerdo que un día me dijo José Luis López Aranguren, volviendo en un avión, desde Barcelona:

–Tenga cuidado; veo que está tomando mucho, no se me haga un borrachito.

Me dio un vuelco el corazón, no sólo por el respeto que sentía por Aranguren, sino porque esa percepción suya era muy peligrosa para alguien que trabajaba a favor de los intereses de otros. Algo parecido me dijo entonces Miriam Gómez, la mujer de Guillermo Cabrera Infante, durante un curso que yo dirigía en El Escorial. Esas advertencias fueron balsámicas, y me ayudaron a ahuyentar el ogro de la facilidad a la que nos inclina la bebida. Había en mí, entonces, una enorme ansiedad por llegar, por estar, por entretener; tomé a sorbos muy rápidos aquel oficio al que había llegado como por casualidad, y creí que era urgente apren-

der. Probablemente, me faltó sosiego, pero aprendí tanto. Yo era un periodista, y avanzaba rápidamente (claro que no sé si con aprovechamiento) hacia los meandros de un oficio que exigía pudor, recato; tenía que ser una sombra, debía lograr que los otros brillaran. Y tenía que ser un hombre discreto, también de apariencia. No era un sacrificio: era una obligación. Y me gustaba esa obligación. Decía Manuel Vicent, en esa época, que yo era como esos chinos que se afanan en tener en movimiento a la vez todos los platillos; pero, añadía, «siempre mantiene unos platillos más altos que otros». Probablemente: me ocupaba mucho más de los autores que acababan novedades, les organizaba presentaciones, fiestas, encuentros, comidas; y a los que estaban aún escribiendo los llamaba en días precisos de la semana, los invitaba, les daba buenas noticias, procuraba que su ego estuviera feliz en esos tiempos de incertidumbre, cuando no se sabe si lo que se escribe es una obra maestra o papel para reciclar. Y durante algunos años de mi vida esa pasión por estar al lado constituyó la verdadera naturaleza de mi personalidad. Aprendí muchísimo del carácter de los escritores, de sus obsesiones, de sus ambiciones, de su inseguridad y de su genio. También hay aquí mucho de lo que supe de los autores por mi trabajo como periodista; pero no es un libro de entrevistas, ni de crítica literaria, ni un ajuste de cuentas, eso jamás; algunas veces aclaro en el libro algunos malentendidos, pero en ningún caso he querido sacar, porque no sé, la daga del resentimiento, de la venganza o del odio. Entre otras cosas, también, porque de eso también se vacuna uno ejerciendo este oficio vicario de editor, o así debería ser.

Es, digo, una memoria personal, y por tanto es también una memoria personal de mi ego; muchas veces, en el trabajo con los escritores, sentí envidia por lo que hacían; me hubiera gustado escribir sus libros; esto, que podría ser un defecto, procuré convertirlo en un valor: como editor, hablaba de los libros ajenos como si yo mismo los hubiera escrito, con más entusiasmo incluso. Procuré siempre ahuyentar la tentación de aparecer como uno de los autores; yo no era un autor, era un editor, eso debería quedar claro siempre; y aunque seguí escribiendo libros o artículos, ni en las conversaciones con ellos, ni en las presentacio-

nes que hice de sus libros, que fueron abundantes, mezclé mi vocación con mi oficio. Fue una decisión y casi la consecuencia de un libro de estilo, que cumplí a rajatabla, a sol y a sombra, en los momentos de euforia y en los momentos de melancolía. En un decálogo (del que hablo aquí) sobre cómo han de ser las relaciones de los editores con los autores, escribí una vez que los autores se pueden juntar si ellos se juntan, que no es conveniente que los junte el editor porque no sabría a quién premiar más, a quién dedicar mayor atención, o más continuada. Es una exageración, pero algo de cierto hay: la relación autor/editor es de cuerpo a cuerpo; en sociedad, pueden mezclarse, naturalmente, porque para eso están las fiestas, pero en comidas o en despachos es mejor que el autor vea en el editor una relación de privilegio. Una vez se me mezclaron en un almuerzo dos autores de categoría o edad similares; el editor le hablaba a uno, y observaba cómo el otro daba golpes impacientes en la mesa, hasta que le tocara recibir su turno de atención. El autor requiere atención, el editor no debe dispersarla. Eso aprendí.

Cuidar de autores se convierte, en algún momento, en un gozo y en una pesadilla a la vez, porque adviertes como en un espejo sus ansiedades, y quisieras calmarlas, y sus querencias, y querías colmarlas. En ningún caso, en la travesía que aquí se cuenta, he querido faltar al respeto ni de las memorias ni de las personalidades, muertas o vivas; si en algún momento se desliza un barrido de imagen y resultan de la contemplación de los rostros algunas injusticias o adjetivos superfluos se deberá más a mi torpeza al escribir que a mi deseo de abrazarlos, a los que están y a los que se han ido.

En este libro aparecen algunos autores de mi generación o más jóvenes, algunos de los cuales fueron o son autores de Alfaguara o de otras editoriales; unos vinieron en mi tiempo y otros ya estaban ahí y tuvieron la gentileza de creer que el proyecto saldría adelante, aunque un periódico de Madrid publicó, en junio de 1992, cuando fui nombrado, que yo llegaba a Alfaguara «para cerrarla». Pero no es un libro sobre ellos, aunque los cite circunstancialmente. Me he centrado sobre todo en los más veteranos, desde Francisco Ayala (que murió, a los 103 años, cuando ya el

libro estaba en proceso de revisión) a Mario Vargas Llosa y Manuel Vicent. Los que les han seguido son tan abundantes y representan hoy tanto en la literatura y en mi propia memoria que merecen un libro aparte aunque aquí, repito, salgan en función del relato que he querido ir siguiendo. Arturo Pérez-Reverte, a quien le hizo mucha gracia aquella caricatura cariñosa que hizo Vicent del editor animando los platos chinos, suele indicarme que ése, *Los platos chinos*, podría ser un buen epígrafe para esa otra memoria acerca de los egos revueltos de los más jóvenes.

Pero he aquí la historia que he querido contar. Comienza, además, por la memoria, cómo ésta nos alienta o nos traiciona, cómo nos agarra o cómo nos hunde, cómo nos subleva y cómo nos martiriza. Sin memoria no hubiera escrito ni una línea, y menos de un libro como éste. Ahora que lo presento, porque lo he terminado, debo decir, sin orgullo alguno, y tampoco como excusa, que lo escribí casi sin mirar notas; esto, ya digo, no es mérito sino un método. Quise que lo narrado tuviera el efecto, e incluso el estilo, de una memoria que se dice de pronto, como si uno se dirigiera en un tren a un amigo que quiso saber qué había hecho prácticamente desde que dejó la escuela. Y es curioso: yo empecé a encontrarme con gente, para que me contara cuál era el estado de su espíritu, desde que salí de la escuela. A estas alturas, más de cuarenta años después, me sigue dejando perplejo lo que le hace a la memoria el conocimiento de los seres humanos, siempre sorprendentes, siempre únicos, casi siempre iguales entre sí. Para lo bueno y para lo malo.

Escribí el libro durante estos tres últimos años, a veces en aviones o trenes, casi siempre en El Médano (Tenerife) y Madrid. Y esta introducción que ya acabó fue escrita en junio de 2009 en Santillana del Mar, durante un curso organizado por Santillana y Alfaguara y titulado *Lecciones y maestros*, dedicado esta vez a Luis Mateo Díez, a Antonio Muñoz Molina y a Ángeles Mastretta. Al contrario de lo que insinuó aquí sobre las reuniones de escritores, estos tres estuvieron encantados de estar juntos, me pareció.

Londres, Tenerife, Madrid, 2007-2009